

El día que conocí a Borges 562087

La calle Florida tiene olor a sol del mediodía; sabor a café en granos, a oro bruñido en los escaparates, a pizzas a la milanesa y raviolos con tuco. Tiene aroma de carne a la parrilla y a ginebra o ajeno en vasos chicos, a elegantes galerías comerciales que esconden acuarios con horribles peces prehistóricos. Peces ciegos de las profundidades que nadan en espiral buscando el corazón del tiempo, que flotan en interminables trayectos hacia la nada. La calle Florida tiene un son de tacones altos y mujeres hermosas que miran de frente, que no consideran mi triste piropo de exiliado. Mi susurrado piropo vergonzoso. Mi piropo chileno, que más que piropo es una aspiración dental, una frase enclenque y temblorosa. Pero las hermosas mujeres de la calle Florida no le hacen caso, lo menosprecian, lo dejan pasar con la brisa. Acostumbradas al fino y gracioso cortejo del porteño. A ese culto nacional de salir a levantar mujeres por Florida. El tímido "cosita rica" que yo apenas me atreva a decir, con los labios apretados, no llevaba a nada.

La calle Florida tiene confiterías con olor a leche caliente, a pan de dulce, a medialunas crujientes, a caramelos de anís, a ancianitas que fueron niñas, y que ríen, sorben sus tazas de chocolate espeso, comen "facturas" que dejan la huella sutil de la manteca en el paladar. Eso pienso, creo, imagino, mientras miro mi andar de exiliado en las vidrieras, y paso, cruzo, camino. La calle Florida tiene viejos cafés. Con mesas de madera opaca y sillas de respaldo circular donde quizá Gardel afirmó antiguas lunas. Y allí una muchacha escribe poemas. Acá un hombre bien vestido lee "Clarín". Ahí un joven rumbea entre las páginas de "Sobre héroes y tumbas". Perdido para siempre en el amor de Alejandra, que en cualquier momento llegará a sentarse junto a la ventana y pedirá un capuchino. Eso creo, imagino, pienso.

La calle Florida tiene puestos con flores donde bailotean los colores bajo el sol de enero. Gladiolos, crisantemos, rosas de Francia y nomeolvides, en la fragancia de cuyos pétalos una niña triste hundirá por la tarde la cara. Imagino, creo, pienso, paso, cruzo, camino.

La calle Florida tiene quioscos con diarios, revistas, biromes,

alfajores, chocolates, peines y aspirinas. Tiene pizarras luminosas con noticias. "Matan a Ringo Bonavena en un rancho de Texas". "Ganó Boca en la Bombonera". "Marines desembarcan en Granada".

La calle Florida tiene... Y de pronto, a mi lado, un ciego camina apoyado en un bastón y en una joven mujer enigmática. Apenas le susurra unas palabras y el rostro oriental de la acompañante se abre en una sonrisa lejana. Lo miro. Es Borges. ¡Es Jorge Luis Borges! Quedo paralogizado bajo el sol de la calle Florida. Como si despertara de golpe con un cáliz en la mano. Lo sigo. Sí, es Borges. Me pongo al lado de él. Lo observo. Camina como si se internara en laberintos ciegos, en interminables pasillos de bibliotecas silenciosas. Como si recordara todas las cifras, todos los momentos, todas las edades, todos los enigmas. Camina lento el ciego y yo a su lado. Debajo del cráneo raleado y de las sienes canosas están todos los lenguajes, todos los mapas, todas las brújulas, todos los relojes de sol y las infinitas jugadas del ajedrez. Allí están los atlas, las enciclopedias inglesas, los diccionarios, las cábalas y las profecías. Camina lento el ciego, conversando con Carlyle y Heráclito, y Joseph Conrad e Isidoro Acevedo, con Pierre Menard, y Chesterton, y Kafka, y Whitman, y Joyce y algún compadrito de arrabal.

Quise decirles quién era yo. Pero ni siquiera me miró. Y si me hubiese mirado no me habría visto. Yo no estaba en el Aleph. Quise decirle que había escrito un poema en el campo de concentración. Pero él, que había visto el alba y la tarde, los tigres, los émbolos, los bisontes y las marejadas, que había visto todos los espejos del planeta y convexos desiertos ecuatoriales, que había visto a un tiempo cada letra de cada página, y caballos de crines arremolinadas, y el engranaje del amor, y todas las hormigas que hay en la tierra, no me miró. Cuando Borges se perdió en el tumulto del mediodía, quedé bajo el sol de la calle Florida, tembloroso y palpitante, rumiando unos viejos versos: "Cuando se haga familiar el paisaje y reconozca la calle el eco de mis pasos..."

Rolando Rojo
Escritor

El Morino; Yquique, 21-I-2001 p. 3.

El día que conocí a Borges [artículo] Rolando Rojo

Libros y documentos

AUTORÍA

Rojo Redolés, Rolando, 1941-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El día que conocí a Borges [artículo] Rolando Rojo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile